

Desde que América aparece, el mundo entero cambia*

GERMAN ARCINIEGAS**

La generosidad de mis compañeros de las Universidades de América premia una labor que es de simple estudiante. Esto me abruma. Pero también es una campanada que me llama a rendir cuentas de todas las tareas que vengo haciendo en los últimos 70 años de no haber dejado el pupitre siempre dándole a la misma lección. El diploma que se me entrega hoy, es más certificado de estudio que calificación final. Lo serio está en la fecha. Recibo el documento cuando el Nuevo Mundo cumple 500 años de su creación. De ellos llevo la quinta parte, cómo testigo universitario.

El 12 de octubre de 1492, un marino genovés comunicó los dos hemisferios en una operación mágica. Venían flotando en el infinito Arcano. Eran dos medias naranjas sueltas desde que la historia existe. La tierra estaba partida en esas dos mitades que se ignoraban en forma absoluta. Colón las junta y desde ese día la historia se hace universal. Europa era chiquita. Terminaba poco más allá del Estrecho de Gibraltar. No tenía tierra por debajo. La ley de gravedad no es precolombina. Newton la formula casi doscientos años después de Colón. Para San Agustín era imposible pensar que el hombre pudiera andar pegado al suelo en las antípodas. Quien dijera lo contrario, a la parrilla.

* Palabras de Germán Arciniegas al recibir el Premio de Las Américas, otorgado por la Organización Universitaria Interamericana en ceremonia celebrada en la Universidad de Los Andes.

** Escritor, periodista, profesor universitario, presidente de la Academia Colombiana de Historia.

500 años antes de Colón el Asia, que físicamente formaba un cuerpo con Europa, estaba sin descubrir. Vinieron las Cruzadas, fueron gentes de toda Europa, hasta niños, a Jerusalén. Regresaron y con los clavos de Cristo, trajeron los de perfumar la carne. Y canela y nuez moscada y pimienta. Se engolosinaron los europeos y cambió la comida. En 500 años todo fue comer a la asiática, trayendo de Java, de China, de Ceilán, de la India, todo eso y sedas y diamantes y rubíes. Nació el lujo en los palacios, en las iglesias. Se formó la burguesía. Llegando al 1500, sin Asia no habría ni Venecia, ni Florencia, ni Génova, ni Londres, ni París, ni Amberes, ni Brujas. A nadie se le ocurrió ir a destronar al emperador de la China, ni crear una Nueva Italia, una Nueva España, Nueva Inglaterra en el corazón del Asia. Con el viaje de Colón, el de 1492, 90 vecinos de Palos de la Frontera llegan a Guanahaní, clavan un estandarte de Castilla en esa isleta, regresan en abril del 93 a Cadíz y la historia del mundo empieza a caminar de otra manera. Sobretudo en velocidad. En septiembre de ese mismo año, 1.200 españoles se embarcan en 17 naves y llevan el primer grupo de europeos que piensan instalarse en la Española, para quedarse como el núcleo piloto de inmigrantes en el Nuevo Mundo. A los 10 años, había más de 10.000 españoles en lo que iba a ser América. A los 100 años ya eran millones, a los 500 años más de 200 millones se habían establecido definitivamente habiendo creado otra Europa con la ilusión de que fuera libre, justa, democrática, sin reyes, abierta a todas las religiones. Exactamente lo contrario de esa cada vez más fanática, cada vez más cruel, cada vez más de pelea que en los últimos 500 años ha sido el teatro de las guerras mundiales.

Yo, como estudiante, me pregunto, al contemplar este paquete de la historia si de esta realidad no se desprende una filosofía propia para el continente de la Europa liberada. Si la celebración que tenemos a la vista no impone un balance entre el mundo académico de 1492 que se cerraba para discutir el viaje de Colón y oponerse a él y la Universidad Americana que ya lleva los hombres a la luna y está explorando más allá de la galaxias. Lo que se ha operado es algo que no es ni descubrimiento de América ni encuentro de dos mundos sino eso nuevo, singular que discutían en Brujas Erasmo, Tomás Moro, Luis Vives, Peter Guilles en la primera disputa sobre el Nuevo Mundo y que llevó al Vaticano a ese debate inmortal por haberlo pintado Rafael de Urbino en la Escuela de Atenas en que Leonardo, Miguel Angel, Rafael, Bramante, Sódoma, alternaban en la disputa sobre la Atlántida de Platón y el Nuevo Mundo anun-

ciado por Vespucci. Este debate del Vaticano es notable por la ausencia del único ciego: el padre de los maestros de historia: Maquiavelo. Lo que se ha operado es el renacimiento grande que no va a tener por escenario a Italia, ni a París, ni a España sino al Nuevo Mundo Americano. Y esto es lo que debe ser la materia del Seminario Americano de nuestras Universidades que como estudiante querría comprometer a todas las que me dan este certificado para que constituyera el eje de los estudios en los años que vienen.

Bien visto al 12 de octubre, fue el más duro choque académico que golpeó a las universidades desde que las universidades fueron. Los dos coloquios, el de Brujas y el del Vaticano podríamos colocarlos en primer término en las celebraciones de este año. Colón, autodidacta, tiene su enfrentamiento con la Universidad de Salamanca, y sale derrotado por unos profesores que dominaban la ciencia Medieval. Su proyecto se estrella contra 20 siglos dominados por una novela, la de la Atlántida, legado del padre de la filosofía occidental, Platón. Navegando contra Platón fue ayudado por una reina sólidamente ignorante en estas materias y llegó a Guanahaní. Enmudecieron los maestros de Salamanca. Se derrumbó Platón. Quienes registran esto en el Vaticano son Leonardo, Rafael, Bramante, Sódoma, ante Zoroastro y Ptolomeo, Zoroastro llevando en las manos la esfera de las constelaciones y Ptolomeo con el globo terráqueo que en sus manos ha puesto el Nuevo Mundo redondeado por Colón y Amerigo Vespucci. La disputa de Brujas no es menos simbólica. Ahí están los más grandes humanistas en ese momento estelar del pensamiento occidental. Erasmo, Tomás Moro, Luis Vives, Peter Guilles, que alumbran la conciencia europea. Al descubrir que la Atlántica es una realidad, Amerigo Vespucci lo revela en su carta del Brasil y Tomás Moro escribe su librito inmortal inventando la palabra Utopía que se convierte en la antorcha de la otra revolución que ahí mismo se inicia: la de los inconformes o los desgraciados o los perseguidos o los hambrientos de todos los rincones de Europa, es decir: los emigrantes, nuestros tatarabuelos, que se trasladarían a América, al Nuevo Mundo, para establecer la tierra de la libertad.

Yo veo en 10 años o en 15, en menos de 20 en todo caso, de la vida Europea de 1500 una celebración de la aparición del Nuevo Mundo que ahora al cabo de 500 años debería por lo menos ser la multiplicación de esa reacción eufórica inicial. Cuando Erasmo o Leonardo veían aquello, era apenas una ilusión. El comienzo ele-

mental. No bien Copérnico tuvo la noticia de la carta de Vespucci en la lejana Polonia, salió después de 30 años de silencio para decir feliz: Ahora si puedo estar seguro que la tierra es redonda y gira alrededor del sol. Y dejando todas sus vacilaciones, publica su libro de las revoluciones. Para hacerlo encontró en América la Tierra Firme donde apoyar su palanca. Lo decía en la tercera página de su libro, y esto recuerda a los Abates de Lorena que al recibir la carta del Nuevo Mundo de Vespucci cerraron la geografía de Ptolomeo y dijeron: esto se acabó: si hay un Nuevo Continente que se llama América. Así lo pintaron en el nuevo planisferio primer modelo para los mapas que hoy existen.

No nos podemos equivocar amigos de las universidades de América. Desde que América aparece el mundo entero cambia. Claro históricamente estamos en 'el primer escalón. Claro que España clavó la bandera inicial. Pero fue la humanidad la que pasó de ser la chiquitica Europa que no tenía tierra por debajo a esta esfera que se puso a girar alrededor del sol. La historia, desde ese día, pasó a ser dos historias. Nos hemos demorado en registrarlo con la debida honradez. Los europeos, a medida que se van instalando en este hemisferio, van haciendo una cosa distinta de la que hacían en el viejo. Esto es tan claro como la luz del día. Los reinos que dejaban allá, trataron aquí de montar sus imperios. Durante 2 ó 3 siglos. Pero como habían caído los de Moctezuma y Atahualpa, les llegó el turno a los suyos propios. Aquí se derrocaron las coronas de Inglaterra, Francia, España y Portugal rechazadas por los mismos ingleses, franceses, españoles y portugueses en fraterna unión con los mohicanos, aztecas, incas, mayas, chibchas, negros, guaraníes y cuanto hombre de cualquier color, desde el Canadá hasta la Tierra del Fuego se sintió hermano de los blancos en esta lucha por la independencia de la esclavitud y el vasallaje. Se había venido a construir el mundo de la libertad que era cosa nueva y hay que recalcarlo: eso está en el destino de esta tierra nueva para la democracia. Si se empezó tumbando a Atahualpa y Moctezuma era porque también allí iban a rendirse los ejércitos de Jorge III, Napoleón y Fernando VII. Tal vez en esto iba a quedar comprendido hasta el retorno americano a los campos de Europa para combatir al Kaiser, y a Hitler, a Mussolini y ayudar a los que no se vinieron a que siguieran el ejemplo de liberación de los que salieron 500 años antes para cambiar las cosas.

Al hacer el balance de 500 años de Europa y 500 años de América, la sangre que ha corrido allá ha sido en guerras de reinos contra rei-

nos, en sucesión de tremendas hecatombes para llegar finalmente a dos guerras mundiales y preparar la que se vislumbra como la hecatombe de la humanidad. En los 500 de América, fuera de escaramuzas insignificantes, la única guerra grande fue de independencia contra ejércitos europeos que se oponían a nuestra liberación. Si esta apreciación, así sea muy general, no autoriza para pensar en una nueva filosofía, yo como estudiante no sé que sea filosofía. En todo caso, al entregar esta tarea, lo único que pienso es en la necesidad de una reflexión a fondo para el balance del primer medio milenio de nuestra vida, que impone una declaración definitiva de independencia de este continente en un acta que deberían proponer las universidades a los gobiernos del 12 de octubre pidiendo la formulación del nuevo pacto social. Establecer un compromiso entre los descendientes de los 200 millones de europeos que se han venido a establecer en el otro continente para crear el Nuevo Mundo, sobre la base de un acuerdo de colaboración igualitaria, respecto a los derechos humanos que aquí se inventaron y propósito de justicia social que dé la sensación de igualdad entre los hombres.

Pasados 500 años, me explico el delirio de Copérnico y el ímpetu creador que se dió a los artistas del cuadro de la Escuela de Atenas ese gigantismo que llevó a construir a San Pedro y dió a Miguel Angel la dimensión de sus esculturas. Siempre en la Sixtina me he preguntado hasta dónde en la bóveda las dos manos tendidas en la creación por su genio no eran ya como una especie del encuentro de los dos mundos de que ahora se habla.

A los 500 años, la suerte del globo que unió Colón es incierta. Lo estamos destruyendo con el envenenamiento ecológico. La discusión de Rio de Janeiro nos ha llevado al eje natural de los coloquios. Si el Nuevo Mundo es el principio de la edad en que se ha movido la historia universal, ahora es el centro de sus mayores problemas. Lo que sería y lo que es inaceptable dentro de la universidad que va abrir el siglo XXI, es estudiar la manera de dividir las Américas y retroceder a una división entre cultura hispánica y cultura sajona en vez de afirmarnos en la cultura americana. Tocaba tomar el liderazgo de la unidad continental al entrar al siglo XXI con la independencia que reclaman los herederos de los 200 millones de peregrinos de la liberación.

Recibo de las universidades que me dan este premio, el diploma que más me puede llegar al corazón. Es un certificado de estudios y no de buena conducta. A nada más podría aspirar dentro de la

vida universitaria que ha sido la razón para seguir trabajando. Como estudiante, al recibirlo hago una petición que lleva en el fondo la explicación de haberme quedado sin terminar estudios ni de veras graduarme. Pero sí, de querer entrañablemente el quehacer de los claustros. Una petición ambiciosa. Hacer llegar a todas las universidades que se han vinculado a este acto, mi solicitud de un memorial a los Jefes de Estado, o mejor a las Universidades de América: que el día 12 de octubre sea de la declaración formal de independencia de todas las naciones de América en homenaje a los millones de europeos que de 1492 a hoy han venido a fijar su hogar; a duplicar su patria en América, a crear un Nuevo Mundo para la libertad. Cruzaron el anchomar buscando las oportunidades, la justicia, la igualdad, la riqueza que no tuvieron o pudieran alcanzar o les fue negada en Europa. Afirmar en esa acta de independencia, que se vinieron o fugándose o expulsados, con la ilusión de vivir en donde hubiera libertad religiosa, convivencia y acabaron juntándose con indios y negros que a su turno salieron de la esclavitud y el vasallaje. La nueva historia de los europeos peregrinos al crear el Nuevo Mundo, como toda historia, ha sido contradictoria y difícil. Ni la justicia, ni la democracia, ni la libertad se alcanzan en cinco siglos. Con la aclimatación de los peregrinos que construyen su segunda patria, estaban los agentes de los imperios europeos. El aporte de las culturas europeas, si imenso, traía el lastre del imperio. Los 200 años de la república, son la definitiva acción creadora: la de nuestra propia liberación. En eso estamos. La América Latina y la Sajona, han cometido errores profundos que sin ser tan grandes como los que han llevado en Europa a las guerras internacionales, han creado un distanciamiento que no vamos a hacerlo mayor para celebrar los 500 años de haber unido Colón los dos hemisferios. Sería hacer la historia al revés de Colón. Europa hace la comunidad económica, América puede hacer esa, y la de la libertad, la justicia y la igualdad. El nuestro ha de ser un nuevo pacto social de rectificaciones y reconciliación. Un pacto social directo sin intermediario distinto de nosotros mismos. Reconciliación para fundir en América la estatua de oro de la libertad y la justicia. Que América sea lo que debe ser: la patria de los hombres liberados.